

EL MUNDO

Domingo, 5 de febrero de 2006. Año XVIII. Número: 5.897.

ÚLTIMAS NOTICIAS

TU CORREO

SUPLEMENTOS

SERVICIOS

MULTIMEDIA

CHARLAS

TIENDA

LOTERÍAS

EL MUNDO
EN PDF



Permitir una injusticia significa abrir el camino a todas las que siguen (Willy Brandt)

OPINION

CARTA DEL DIRECTOR

Alimentando a Gargantua

PEDRO J. RAMIREZ

En el año de gracia de 1533 -fecha en la que nace Montaigne, casi tres cuartos de siglo antes de la publicación de El Quijote- los guardianes del buen gusto y la ortodoxia católica de la universidad de la Sorbona condenaron como «obscena» la primera entrega de una deslumbrante saga literaria producto de la imaginación del monje exclaustro Francois Rabelais. Unos cientos de kilómetros más al este, desde su feudo ginebrino, el estricto paladín del protestantismo, Juan Calvino, clamaba contra la misma obra, alegando que sus personajes eran «perros rabiosos que vomitaban su basura contra la majestad de Dios».

¿Y cuáles eran tales personajes que en el cenit de las guerras de religión eran capaces de irritar por igual a tios y troyanos? Pues los miembros de una familia de gigantes en la que los abuelos se llamaban Grandgousier y Gargamelle, el padre y protagonista central, Gargantua, y el aplicado vástago de éste, Pantagruel. Aunque lo que más ofendía a los inquisidores de toda laya eran las continuas referencias escatológicas que servían de puente entre la tradición oral de la Edad Media y la estructura narrativa que anticipa el concepto renacentista de novela -amén de gestos de irreligiosidad tales como el robo de las campanas de Notre Dame por parte de Gargantua para ponérselas de cascabeles a su mula-, lo que ha permitido a la obra de Rabelais trascender a su tiempo y a su espacio entre una jungla de orines, eructos y flatulencias, es la imagen de un gigante de apetito insaciable como parábola de la propia falta de límites del poder a la hora de engullir las más diversas ofrendas.

Sin atreverse a hacerlo explícito, muchos de sus contemporáneos vieron en las fauces permanentemente abiertas de la criatura de Rabelais el implacable imperialismo de Carlos V, vencedor muy pocos años antes del decisivo lance de Pavía sobre un rey humanista y débil como Francisco I. Casi cinco siglos después siempre que un festín desemboca en un desbordamiento de viandas y apetitos consumados no hay adjetivo más adecuado para describirlo que el de «pantagruélico» y en las ferias de los pueblos y ciudades pequeñas del norte de España no falta el Gargantua de cartón piedra hacia cuyo oscuro gznate se dirigen los chavales, con una mezcla de burla y de respeto, ansiosos de comprobar que serán devueltos al exterior por el tobogán que termina en su bajo vientre.

Siendo rica en episodios premonitoriamente quijotescos e incluso gulliverianos, los pasajes más fascinantes de la saga son sin duda aquellos que describen el ritual alimenticio de tales criaturas. Baste decir que «para combatir las heladas y la insanidad del aire», Gargantua «se desayunaba con fritada de tripas, buenas parrilladas, buenos jamones, buenos asados y muchas sopas de prima», en alusión a las que tomaban los frailes con el alba. Pocas horas después, «como era de natural flemático, comenzaba su almuerzo con unas docenas de jamones, algunas lenguas de buey ahumadas, embuchados, morcillas y otros auxiliares del vino por el estilo.

elmundo.es

Información gratuita
actualizada las 24 h.

SUSCRIBASE A

EL MUNDO

- Más información
- Renovar / Ampliar
- Estado suscripción
- Suscríbese aquí
- Suscripción en papel

BUSCAR
con ARIADN@

Buscar en... ▼

Buscar

Participación

Debates

Charlas

Encuentros digitales

Correo

Primera
Opinión
España
Mundo
Deportes
Cultura
Comunicación
Última
Crónica
Nueva economía
Índice del día
Búsqueda
Edición local
M2
Catalunya
Baleares
Servicios
Traductor
Televisión
Resumen de prensa
Hemeroteca
Titulares por correo
Suplementos
Magazine
Crónica
El Cultural
Su Vivienda
Nueva Economía
Motor
Viajes
Salud
Aula
Ariadna
Metrópolis
Universidad
Ayuda
Mapa del sitio
Preguntas frecuentes

Mientras tanto, cuatro de sus criados, uno tras otro, vertían en su boca, sin interrupción, la mostaza a paletadas».

Dejando a la imaginación del lector el equivalente menú para la cena, yo he de reconocer que así como siendo un niño la mía quedaba capturada por aquel esfago de tinieblas que se adivinaba tras la dentada barandilla que se nos iba tragando uno a uno, desde hace unos días no dejo de ponerles cara a esos cuatro servidores de la gleba, ocupados de concatenar sus suministros para adaptarlos al ritmo de ensalivamiento, mastique y deglución del monstruo. Y ahí los veo, como incrustados en los grabados de Gustavo Doré que aún siguen ilustrando las últimas ediciones de este clásico: a Pérez Rubalcaba suministrando cucharada a cucharada todas las competencias, transferencias, blindajes y privilegios del Estatuto; a Carmen Calvo volcando con nocturnidad sobre el quicio de la caverna las carretillas de documentos extirpados del archivo de Salamanca; al charnego Montilla agarrando a Endesa por el cuello de la OPA hasta arrastrarla al borde del abismo; y al taimado Conde, al trujimán Pumpido, empujando la silla de ruedas de Fungairiño por la rampa del altar del sacrificio.

Muchos otros les precedieron en tan poco aiosos cometidos, pues de la misma manera que las facciones y colores del Gargantua de mi infancia cambiaban de feria en feria, también al nacionalismo lo hemos conocido simpático y antipático, con capucha y sin capucha, sutil o sencillamente idiota, pero en 30 años de transición y democracia ni sus mandíbulas ni su aparato digestivo han dejado de funcionar un solo instante ni de día ni de noche, ni en invierno ni en verano.

Empezamos permitiéndoles que sustituyeran los símbolos comunes por los excluyentemente suyos de forma que la bandera del PNV lo fue de una Comunidad Autónoma Vasca unilateralmente denominada Euskadi y la añeja canción de guerra de media Cataluña se convirtió en el himno moderno de toda ella. Seguimos entregándoles parcelas de autogobierno sin precedentes en la Europa democrática, incluyendo en un caso la insolidaria antigualla del Concierto y el Cupo y en el otro hasta el control de las prisiones. Y por supuesto la Policía Autónoma. Y, por supuesto, la Educación, las televisiones públicas y el monopolio de la cultura. Aprendimos a bailarle el agua al Molt Honorable President y a aguantarle lo que fuera al lehendakari. Primero cedimos el 15% del IRPF y después cedimos el 30% del IRPF. Aceptamos la inmersión lingüística, la distorsión de la verdad histórica y el lavado de cerebro a unas nuevas generaciones programadas para la indiferencia o el abierto odio hacia cuanto significa España. Amnistiamos a los asesinos de la primera hora y pronto estarán en la calle hasta los desventradores de niños de los peores antesdeayeres de dinamita y plomo. Ya se oye el txistu de la ignominia, ya se divisa el auresku que nos humillará durante su homenaje.

Zapatero, el nuevo jefe de cocina, el dilecto maître que ahora les ha tomado la comanda, pretende hacernos creer que esta vez será la última que tendremos que satisfacer sus pretensiones. Que con la Comisión del Mercado de las Telecomunicaciones, los papeles de Salamanca, el control del sector energético, su reconocimiento como «nación», un capítulo de derechos y deberes exclusivamente suyos, la suplantación del Supremo por el Tribunal Superior de Cataluña, un poder judicial aparte, unos cuerpos de funcionarios judiciales propios, un Síndico de Greutges que deje sin trabajo -en el caso de que alguna vez lo haya tenido- al Defensor del Pueblo, el control de puertos y aeropuertos, la competencia sobre inmigración, la obligatoriedad del catalán, el 50% del IRPF, el 50% del IVA, el 58% de los impuestos especiales, una Agencia Tributaria de momento concertada, siete años de inversiones públicas garantizadas, la exclusividad del servicio meteorológico para que en Cataluña sólo llueva a gusto de algunos, el blindaje de todo ello y dos o tres fruslerías más ya,

por fin, de una vez por todas y para siempre, o al menos durante una generación, se van a quedar contentos. Quia.

¡Pobre Zapatero, qué caro va a pagar todo esto! Estos días va muy ufano por la vida, celebrando su propio ingenio al darle al PP el cambiazo de Carod por Artur Mas, proclamando en las teles adictas que nunca ha habido en nuestro país tanta «unidad» como ahora, ninguneando los «casos aislados» de esos españoles extravagantes que se empecinan en que sus hijos reciban enseñanza en español en cualquier lugar del territorio español, contemplando impertérrito -¿o tal vez complacido?- cómo ese Fiscal General en quien ha puesto todas sus complacencias pisotea brutalmente los postulados de la «democracia bonita» que no ha tanto prometía. Debe ser que Conde-Pumpido no ha leído lo suficiente a Pettit.

Sí, va muy ufano por la vida, pero antes o después el gigante tragón se lo va a comer por las patas y entonces yo seré de los pocos que derramarán una lágrima por él. Es cierto que tiene al PSOE perfectamente hilvanado en el dobladillo del autoengaño y que cuenta con los votos suficientes en el Congreso, en el Senado y en el Tribunal Constitucional. Tras la mojigatería de Aznar al no cubrir las dos vacantes que correspondían al Ejecutivo por tratarse ya de un Gobierno en funciones, Zapatero bien podría permitirse el lujo hasta de restablecer el recurso previo. Por ahí no tendrá ningún problema, como acaba de comprobarse en la votación sobre la recusación del magistrado Pérez Tremps. Si alguien que ha emitido un dictamen remunerado sobre el Estatuto para una de las partes puede luego emitir sentencia con imparcialidad, más vale no hacerse la menor ilusión sobre el Alto Tribunal. Pero que algo pueda ser considerado como constitucional no excluye que resulte una y cien veces nefasto para los intereses generales. Y ése es el caso.

Bono podrá consolarse con su orden ministerial que sitúa al castellano como idioma único de las Fuerzas Armadas, pero bastará que la Generalitat la recurra para que sea papel mojado. López Aguilar podrá proclamar y requeteproclamar que mientras él sea ministro los secretarios y agentes judiciales no quedarán a merced de la voracidad de Gargantua, pero eso tendrá fácil solución pues cualquier día dejará de serlo. ¿Con qué pañuelo enjugarán sus lágrimas Solbes, Sevilla y Alonso? Probablemente con el de que todo podía haber resultado aún mucho peor. Pero todos ellos saben que tanto por el modo con que lo van a aprobar -poniendo fin a un cuarto de siglo de consenso sobre los temas de Estado- como por las cosas que van a aprobar, el día en que el Estatuto salga de las Cortes para ser refrendado en Cataluña habrán cruzado un peligroso Rubicón de imposible marcha atrás.

Zapatero cree que, después de haber estimulado tanto las papilas gustativas del ávido tragaldabas -les dijo, mal que le pese, que apoyaría «el» Estatuto que viniera de Cataluña; les dio alas para autodeclararse «nación»; les convenció de que llegaran a Madrid pidiendo la Luna- bastará ahora una copiosa pero limitada dieta mediterránea, ese «buen cacho» con el que se relame el diputado Homs, para aquietar a su gaznate. Oh, iluso. El último hallazgo de la nouvelle cuisine zapateril se llama «centralidad». El presidente cree que el rechazo frontal del PP y el cabreo cósmico de ERC -complementado incluso con el apuñalamiento de Maragall- serán elementos que se neutralizarán entre sí y que reafirmarán su amplio espacio posibilista.

Eso mismo es lo que pensaban todos aquellos que, después de haberla fomentado, intentaron «prevenir», «encauzar» o «congelar» la Revolución manejando sus teclas a mitad de camino entre la reacción aristocrática y la barbarie de los sans culottes. Lo intentó Necker, lo intentó La Fayette, lo intentó Mirabeau, lo intentaron los triunviros partidarios de la Monarquía

constitucional -Barnave, Lameth y Duport-, lo intentaron los girondinos, lo intentó Danton e incluso, a su sanguinario modo, lo intentó Robespierre. ¿Cuál es la explicación de que todos los que no se exiliaron o tuvieron una muerte prematura fueran, sin excepción, guillotizados? Rabelais la dejó escrita dos siglos y medio antes de que nada de esto sucediera.

Me refiero al momento culminante de la merienda en la que Grandgousier -que por algo significa Gran Gaznate- se define sobre la bebida entre «un ir y venir de frascas, un trote de jamones, un rechinar de cuencos y un revuelo de vasos». En una escena digna de Falstaff -y eso es escalar hasta la misma cima de la reinención literaria del género humano-, mientras su esposa preñada ya de once meses se atiza una calderada de callos, el padre de Gargantua pone sus cartas sobre la mesa entre la gula, el hedonismo y los vapores etílicos: «Bebo por la sed que he de sufrir. Eternamente bebo, y así la bebida es para mí eternidad y eternidad es mi bebida».

¡«Bebo por la sed que he de sufrir»! Esa es la condición sustancial de todos los movimientos nacionalistas cuya única razón de ser es conducir a sus pueblos, con un ritmo o con otro, hacia la tierra prometida de la independencia, pasando por el oasis de la autodeterminación. Como para la familia de los Gargantuas, la comida y la bebida -es decir las sucesivas concesiones que arrancan al Estado al que pretenden suplantar- no son para ellos el modo de satisfacer unas necesidades objetivas del presente sino el mero aperitivo que anuncia las ansias redobladas del futuro. Beben y comen hoy pensando ya en el hambre y la sed que indefectiblemente sentirán mañana.

¿Y cuándo concluirá eso que certeramente describe Rajoy en esta misma edición de EL MUNDO como una horrible «pesadilla»? Si por ellos fuera, ya han oído a Gran Gaznate, su único límite es la eternidad. En lo que a nosotros nos concierne, está claro que seguirán pidiendo y exigiendo, exigiendo y pidiendo, mientras a Zapatero o al pobre desgraciado que le suceda, les quede algo que entregar.

Había una manera de pararles los pies y de cortar el suministro al zampabollos. Suponía un gran pacto a la alemana -no necesariamente en forma de gobierno de coalición- entre el PSOE y el PP que el trauma del 11-M justificaba como ninguna otra coyuntura, pero este insensato de Zapatero, el irresponsable visionario que nos gobierna, ha preferido jugar a deconstruir España. Al hacerlo ha asumido el código de valores de los nacionalistas, ha aceptado jugar el partido en su terreno y ha empezado a negociar lo innegociable. Ahora dice que con el Estatuto catalán se cierra el grifo, pero a CiU los dedos ya se le hacen huéspedes pensando en trinchar dentro de dos años el pavo de la Agencia Tributaria, Esquerra prepara una campaña electoral abiertamente separatista, Ibarretxe pide pista para el despegue, el BNG pregunta que qué hay de lo suyo, Otegi pisa la Audiencia Nacional con los modales y acompañamiento de un señor de la guerra y los de las pistolas redactan la factura del salario del miedo con todo tipo de recargos y atrasos por morosidad.

Zapatero dice que así es como se arreglan las cosas para la actual generación de españoles. Pues menudo panorama: toda una vida alimentando a Gargantua. Y además para que los que vengan detrás arreen, alienados en ese camino de servidumbre. ¿A que no sabe el presidente a cuántas vacas les chupa la leche cada mañana el pequeño Pantagrúel, arrancándoles -criaturita- las ubres a mordiscos? Yo se lo diré: a cuatro mil seiscientas.

pedroj.ramirez@el-mundo.es

el artículo



los lectores



imprimir



PUBLICIDAD

HACEMOS ESTO...

MAPA DEL SITIO

PREGUNTAS FRECUENTES

elmundo.es como página de inicio

Cómo suscribirse gratis al canal | Añadir la barra lateral al netscape 6+ o mozilla

Otras publicaciones de Unidad Editorial: **Yo dona** | **La Aventura de la Historia** | **Descubrir el Arte** | **Siete Leguas**

© Mundinteractivos, S.A. / **Política de privacidad**